

Los favoritos de los españoles

# Facochero vs. búfalo

En el paseo gráfico por el Cono Sur africano que nos dimos en el número 14 de Captiva no nos olvidamos del facochero y del búfalo, aunque sólo hicimos una referencia escrita para dedicarles después más espacio, esta es la ocasión. Antonio Adán se encargará de relatarnos la caza del búfalo, mientras que Adolfo Sanz lo hará contará la del facochero; éste está ampliamente distribuido por todo el Cono Sur, hay muchos y muy grandes, mientras que la versión del búfalo africano meridional es la del cafre, el más grande, temible y de mejor trofeo.



INTERNACIONAL





# Los facocheros del remate

Adolfo Sanz

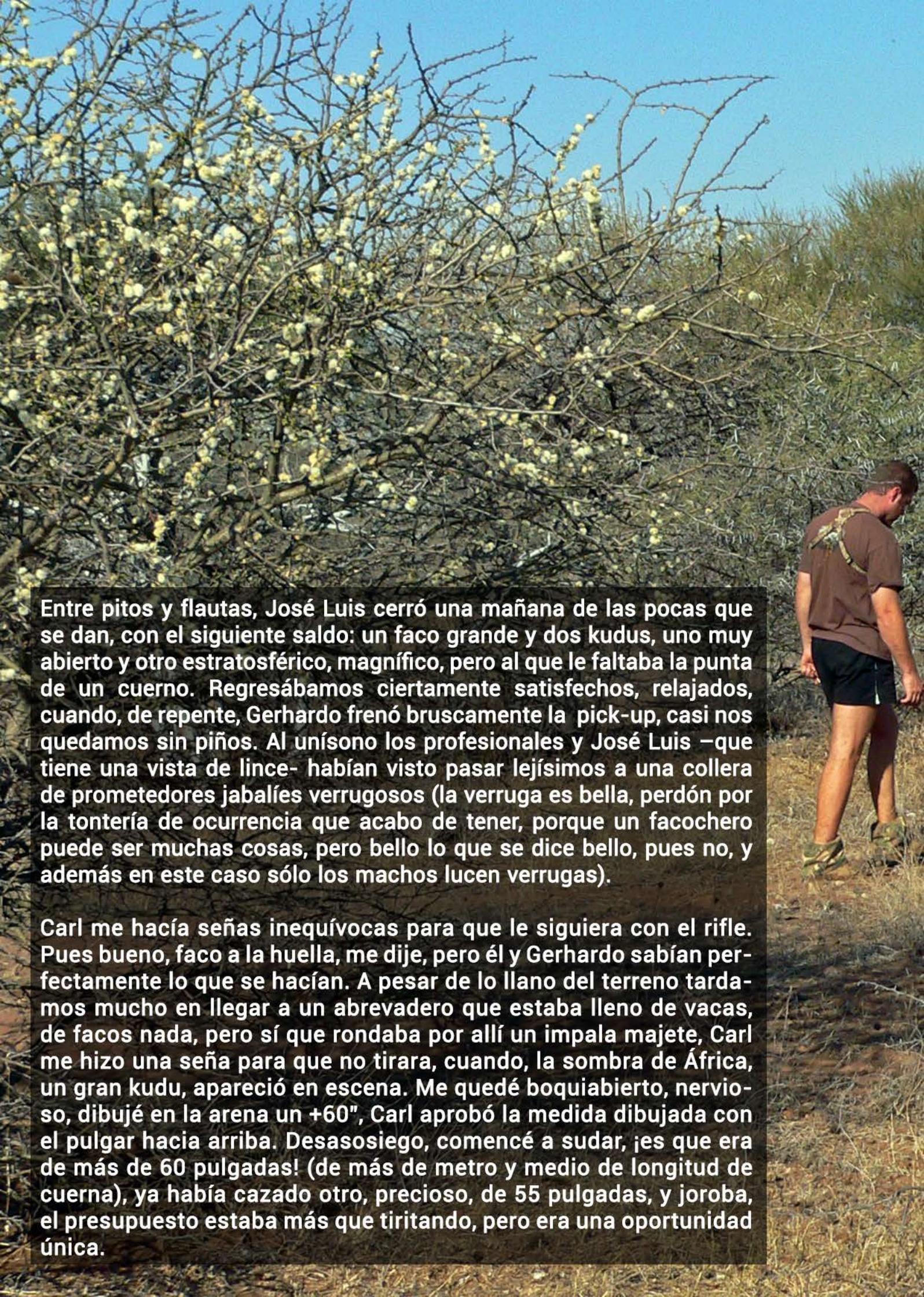
**Limpopo, Sudáfrica, lunes, 25 de agosto de 2008...**

Era el último día de safari, este cronista consideraba que, en lo que a la caza se refiere, ya tenía los deberes hechos. Algo inusual en mí, había tirado muy bien, con solo una pequeña macula, Gerhardo hizo una entrada bestial hasta una turbera que solían tomar los facocheros, me dejó a menos de 25 metros de una collera de marranos, el primero bueno y el segundo de otra galaxia... ¡Pouuumm! Y una acacia medalla de oro ramas arriba.

El resto de la tropa había salido antes que nosotros para hacer turismo. El jefe de la cacería, Gerhardo, máximo responsable de Elandsbosch Safaris, su amigo Carl, otro gran guía y cazador, el jefe de la expedición, José Luis, que organizó todo a las mil maravillas, es un perfeccionista y un gran tipo, su hijo Jaime y el cronista prefirieron agotar las posibilidades cinegéticas. Aunque eché el rifle, me apunté de observador más que nada, si acaso algún facochero...



*El primer kudu de José Luis*

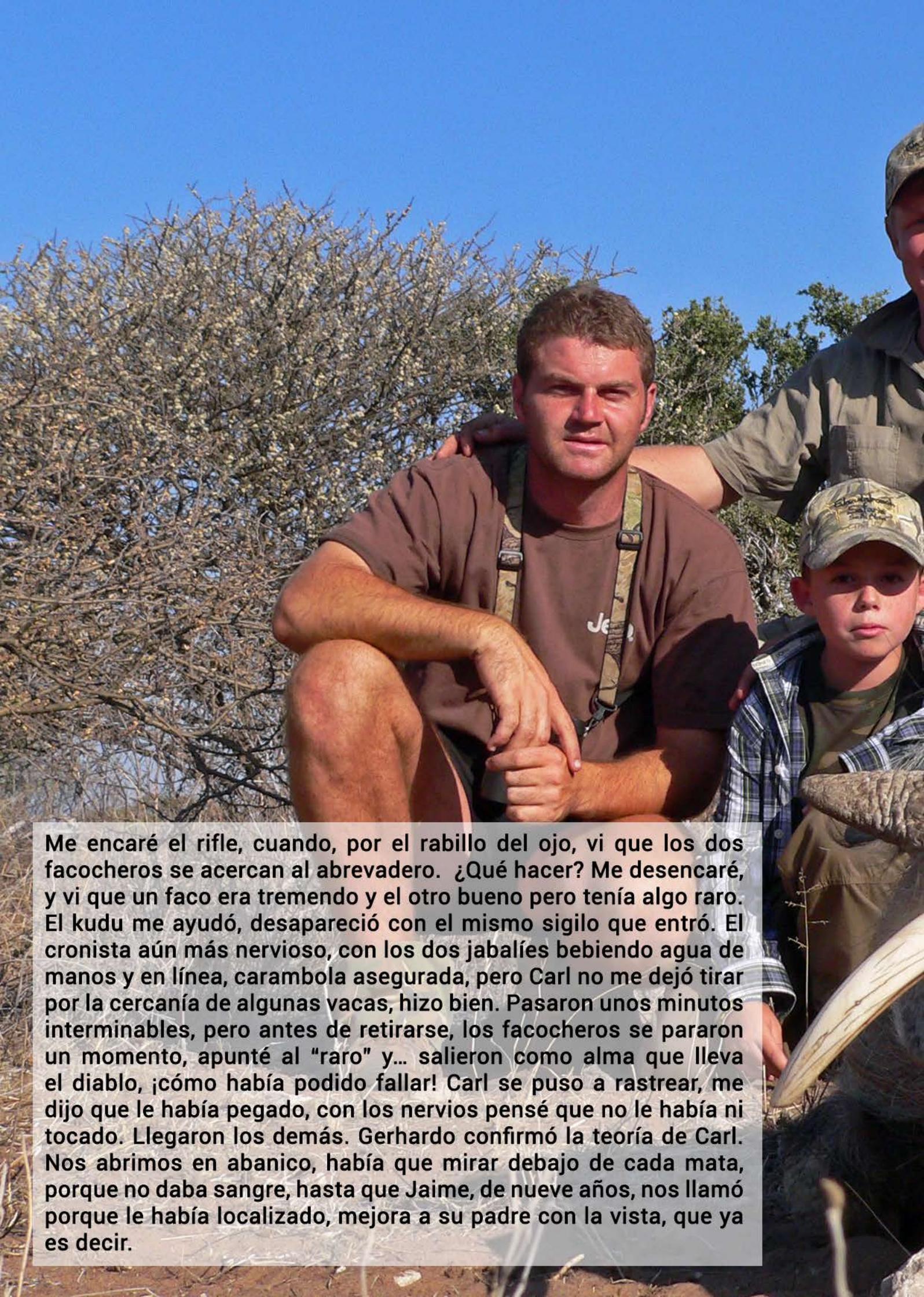
A man in a brown t-shirt and black shorts is walking through a savanna landscape. In the foreground, there is a large, dense acacia tree with many small yellow flowers. The background shows a clear blue sky and some green bushes. The man is looking down and to the right, possibly at something on the ground.

Entre pitos y flautas, José Luis cerró una mañana de las pocas que se dan, con el siguiente saldo: un faco grande y dos kudus, uno muy abierto y otro estratosférico, magnífico, pero al que le faltaba la punta de un cuerno. Regresábamos ciertamente satisfechos, relajados, cuando, de repente, Gerharo frenó bruscamente la pick-up, casi nos quedamos sin piños. Al unísono los profesionales y José Luis –que tiene una vista de lince- habían visto pasar lejísimos a una collera de prometedores jabalíes verrugosos (la verruga es bella, perdón por la tontería de ocurrencia que acabo de tener, porque un facochero puede ser muchas cosas, pero bello lo que se dice bello, pues no, y además en este caso sólo los machos lucen verrugas).

Carl me hacía señas inequívocas para que le siguiera con el rifle. Pues bueno, faco a la huella, me dije, pero él y Gerharo sabían perfectamente lo que se hacían. A pesar de lo llano del terreno tardamos mucho en llegar a un abrevadero que estaba lleno de vacas, de facos nada, pero sí que rondaba por allí un impala majete, Carl me hizo una seña para que no tirara, cuando, la sombra de África, un gran kudu, apareció en escena. Me quedé boquiabierto, nervioso, dibujé en la arena un +60", Carl aprobó la medida dibujada con el pulgar hacia arriba. Desasosiego, comencé a sudar, ¿es que era de más de 60 pulgadas! (de más de metro y medio de longitud de cuerna), ya había cazado otro, precioso, de 55 pulgadas, y joroba, el presupuesto estaba más que tiritando, pero era una oportunidad única.



**Gerhardo y Carl pisteano el faco raro**



**Me encaré el rifle, cuando, por el rabillo del ojo, vi que los dos facocheros se acercan al abrevadero. ¿Qué hacer? Me desencaré, y vi que un faco era tremendo y el otro bueno pero tenía algo raro. El kudu me ayudó, desapareció con el mismo sigilo que entró. El cronista aún más nervioso, con los dos jabalíes bebiendo agua de manos y en línea, carambola asegurada, pero Carl no me dejó tirar por la cercanía de algunas vacas, hizo bien. Pasaron unos minutos interminables, pero antes de retirarse, los facocheros se pararon un momento, apunté al "raro" y... salieron como alma que lleva el diablo, ¡cómo había podido fallar! Carl se puso a rastrear, me dijo que le había pegado, con los nervios pensé que no le había ni tocado. Llegaron los demás. Gerharo confirmó la teoría de Carl. Nos abrimos en abanico, había que mirar debajo de cada mata, porque no daba sangre, hasta que Jaime, de nueve años, nos llamó porque le había localizado, mejora a su padre con la vista, que ya es decir.**



*Carl, Jaime (que fue quien encontró al faco),  
Gerhardo y el cronista*



Efectivamente, allí estaba el animal que ya casi había expirado, aunque le re-matamos para evitarle más sufrimientos. ¡Alegría! Ahora sí, el safari había con-  
cluido. Por cierto, una vez cobrado enseguida comprobamos lo que le hacía tan raro, le salía el colmillo superior derecho hacía abajo, no dejando crecer al infe-  
rior. Gerhardo y Carl nunca habían visto nada igual.



## **Cabo Septentrional, Sudáfrica, jueves, 26 de mayo de 2011...**

**Era el último día de safari, este cronista consideraba que, en lo que a la caza se refiere, ya tenía los deberes hechos. Había tirado fatal, muy mal, por mucho que hubiera cobrado hasta ese momento todo lo que tiré, llenando, eso sí, la sabana de casquillos. Pero aún quedaba un día para cerrar el safari.**





**Adam localizando facocheros desde la atalaya**

Por la mañana Adam, máximo responsable de Spitskop Safaris, nos llevó a Antonio S. y a un servidor precisamente a lo alto de un SpitSkop (abrupta colina, normalmente cónica -aunque ésta no lo era-, muy incómoda de andar por las grandes piedras y la excesiva vegetación) que nos servía de atalaya desde la cual se controlaban varios pasos querenciosos de los facocheros. Antonio S., como es su costumbre, se apioló un faco con unas defensas muy respetables. Estábamos en una finca eminentemente ganadera, pero con muchos facocheros y steenboks, y poca caza más, aunque por la mañana vimos un gran kudu muy bueno, jefe de un nutrido harén. Al dueño de la finca le gusta que en ésta sólo se cacen facocheros, poniéndome de los nervios ver unos steenboks tan hermosos a los que no podía tirar, éstos parecían que lo sabían y se paraban bien cerca, yo creo que para reírse de mí. A media mañana hicimos unos rechos deliciosos, pero sin resultado alguno, así es la caza.





***"Se estaba en la gloria, una gozada, temperatura muy agradable, magníficas vistas..."***

Por la tarde subimos al mismo lugar Adam, Arthur, un excelente pistero que se había incorporado recientemente a su equipo desde Zimbabwe, y el cronista, mientras Antonio S. se quedó de espera con su inseparable Frankie, un pistero bosquimano fuera de serie, y Antonio M. se puso también de aguardo con otro cazador profesional . Se estaba en la gloria, una gozada, temperatura muy agradable, magníficas vistas... Yo sólo vi, cómo no, un estupendo steenbok que se paró a mirarme, y algún faco muy lejos, al trote cochiner, sin pararse. Pero Adam a medida que la tarde avanzaba se ponía más nervioso, porque tenía localizados varios cochinos grandes pero al parecer —y digo al parecer porque yo no veía ninguno- no se movían. Yo ya me estaba, despidiendo, una vez más, de África, el sol ya renqueaba en el horizonte, cuando, de repente, Adam, me urgió para que me levantara, Arthur ya estaba incorporado, comenzamos una carrera de locos, dándome tiempo a fallar limpiamente, cuando íbamos en plena carrera, dos facos muy grandes, sobre todo uno que me pareció descomunal, parecía como si a Adam no le importara mucho, de pronto, se serenó, y comenzó a recechar con sigilo, como siempre lo hace él, entonces fue cuando me comentó el plan a seguir, quería llegar con luz hasta un gran faco que estaba sentado, pero, ¿cómo lo podía haber visto desde las quimbambas?





Adam con el cronista



Vimos un macho bastante bueno, ahora no me dejó tirar, buena señal. De pronto se paró e hizo con la mano una inequívoca señal para que me parara, cuando por mímica me dijo que disparara por debajo de la oreja, me dio un vuelco el corazón, allí, a poco más de 100 metros de nosotros estaba sentado un facochero tan grande que me pareció hasta guapo. Pufff, ¡qué nervios!, apunté donde me dijo Adam, escuché el característico "zap" de haber acertado, pero el facochero salió arreando, ¡no puede ser! ¡Otra vez todos a correr! Disparé a aquel misil dos veces más, recordando a mis mejores tiempos monteros, y al menos en un tiro lo alcancé claramente, ¡qué duros son! No hizo falta disparar más, se acabaron las carreras, veneración para tan magnífico animal, con unos colmillos superiores (para mí que son las amoladeras de nuestros guarros) muy largos y muy gordos, el mejor remate para un safari.





# Tras siete horas de acecho

Antonio Adán



## Después del café..., Zimbabwe 21 de agosto de 2008

Después un café con tostadas nos montamos en el coche para buscar rastros recientes. La mañana estaba fresca y algo enmarañada. Con las primeras luces del alba salimos del campamento en pos de nuestro objetivo. Fue en torno a las siete de la mañana y transcurrida escasamente una hora de nuestra marcha, cuando Simby, sentado en el capó del coche, levantó la mano indicando al profesional que se detuviera. Un vistazo rápido y una sonrisa pizpireta delató lo que Neverson me quería decir "son recientes, vamos a continuar".

Volvimos al coche para ir hacia una charca cercana, pero antes de lo esperado nos dimos de bruces con una manada de 40 ó 50 cabezas. Al detener el coche en seco se quedaron titubeando por un momento y al instante emprendieron la huida. Rápidamente saltamos de la caja de la pick-up y comenzamos el rececho. Eran las 7:15 de la mañana. Neverson junto con sus dos pisteros no perdían en ningún momento la enorme cantidad de rastros dejados por la manada, que aunque en algunos sitios eran fáciles de ver a simple vista por el suelo arenoso, en otros era casi inapreciable por la cantidad de pasto y piedras.



A la hora y media de marcha volvimos a ver la manada. Pacía tranquilamente en una zona de altos árboles, nosotros sobre una posición un poco elevada controlábamos la situación. El rebaño permanecía unido, sólo algunas hembras y crías pastaban un poco apartadas del compacto grupo. Pudimos distinguir entre tantas cabezas dos que sobresalían de manera especial. Dos machos adultos que se encontraban en la zona central, resguardándose del peligro que parecían intuir. La situación no era fácil ya que en ningún momento se dejaban ver totalmente solos o de costado para dispararles. Hicimos varios cambios de posición con el fin de buscar un mejor ángulo de tiro, pero todo fue en vano. Quisimos avanzar un poco más, dar la vuelta y entrar por el lado opuesto al que nos encontrábamos, lo que nos pondría en una situación más ventajosa respecto a los dos trofeos. Cuando estábamos dando un gran rodeo, una manada de ñus nos delató y con una especie de ronquido emitido por el ñu que iba en cabeza, el grupo de pequeños toros africanos salió al trote, arrastrando con ellos a sus primos los búfalos.



*Las espesuras de los bosques de mopanes zimbabuenses*

Vuelta a empezar. Quince minutos después de este incidente continuamos de nuevo rastreando el grupo para intentar darles alcance lo antes posible. La última carrera provocada por los ñus se alargaba demasiado, como así mostraban las huellas impresas en el suelo, marcando claramente la separación y profundidad de los cascos. Simby cogió uno de los muchos excrementos dejados por los búfalos y al romperlo con la mano comprobamos que aún estaba tierno. Los pisteros me enseñaron como rastrear la manada, basándose en observar pequeñas ramas rotas aún con la sabia fresca y minúsculas gotas de baba entre el pasto mordisqueado, evidencias que para un ojo no acostumbrado son casi inapreciables. Más de dos horas tardamos en volver a ver lo primeros animales.





**Antonio Adán el esquivo y peligroso '*Syncerus caffer*'**

Esta vez no estaban parados, sino que avanzaban lentamente por el abrupto monte. Podíamos perseguirlos sin que se enteraran gracias al viento favorable y al ruido producido por la manada en su caminar. Para ir ganado posiciones a los más rezagados teníamos que avanzar en cuclillas y otras muchas veces arrastrándonos como serpientes. En uno de estos avances pudimos comprobar que los machos seguían en la manada, momento en el que decidimos poner en liza nuestro plan.

Consistiría en ir haciendo una especie de arcos para situarnos en la zona delantera de la manada y lograr ponernos a tiro de los dos viejos machos. Avanzábamos corriendo de esta manera hasta un punto por el que presumíamos que iban a pasar. Tuvimos que hacer varios sprints de manera cautelosa hasta dar con el lugar concreto. Ahí estaban, venían derechos hacia nosotros, cabizbajos, tranquilos con un paso corto pero constante.





*Sergio con Neverson, Simby y Nick y un precioso trofeo de kudu*



La cabecera de la manada avanzaba en forma de flecha, muy juntos los de delante y desperdigados los de atrás. Encima de uno de los primeros animales había un gracioso pica bueyes "limpiando" la espalda de la gran masa cuadrúpeda, que con paso cansado se dirigía a nuestro encuentro. "El tercero de la parte de la izquierda", me comentó Neverson. Con una rodilla en el suelo y detrás de un baobad que hacía las veces de escudo apuntaba al cafre que teníamos a escasos veinticinco metros entre el bush.



## El viejo búfalo en el "cortadero"

Algo raro tuvieron que notar, pues el grupo paró en seco. El macho elegido no se encontraba en buena posición, solo una parte de la cabeza y la mitad del cuello se dejaban ver de manera regular por el espesor de los mopanes. Además gran cantidad de pequeñas ramas se interponían entre el la boca del cañón y el cuerpo del animal. Por esta circunstancia no me atreví a disparar, a pesar de la poca distancia. El grupo empezó a impacientarse y dando media vuelta desapareció en la frondosidad del área. Arrancaron al trote y sin más nos fuimos tras ellos. Aunque despacio, el correr de estos animales duplica al de un hombre entre la sabana arbustiva por lo que poco a poco aumentaban la distancia que nos separaba.





Gracias al conocimiento del terreno de Neverson (que en época de caza es el jefe de todos los game scout de la reserva) y sus pisteros, intuyeron que los búfalos atravesarían una de las pistas forestales. Empezamos a correr en dirección perpendicular al camino para acortarles terreno. Saltamos a la mitad del camino y rápidamente el profesional abrió los sticks de madera para que apoyara el rifle.





*Cargando el viejo y pesado búfalo en el pick up*



Se apreciaba una nubecilla de polvo y el ruido de romper monte se desvanecía en la profundidad de la espesura. "Ya han pasado" dijo Neverson, cuando al mirar de nuevo al horizonte aparecieron por la parte derecha del camino algunos búfalos retrasados, en concreto dos hembras que cruzaron rápidamente. "Prepárate, no ha terminado de pasar toda la manada", cuando en ése momento y entre otro pequeño grupo surgió uno de los grandes machos que con afán estábamos buscando. "El del medio, el que va solo".

Apoyando el Blaser .375 H&H en la horquilla de madera y como si de un tiro en cortadero se tratase, seguí con la cruz del visor la paleta al gran búfalo. Apreté el gatillo del rifle y el estruendo hizo paralizar el tiempo por décimas de segundo. La tranquilidad de la sabana se perturbó durante un instante, hasta que el fugaz estruendo dio paso a los mugidos del búfalo. Estaba tumbado en mitad del camino, se había derrumbado sobre sus cuatro patas. Con sus cuartos delanteros aún con movilidad, hacia grandes esfuerzos por levantarse. Por detrás algunos de sus congéneres retrasados del grueso grupo seguían cruzando a mayor velocidad a causa del estruendo del disparo.

*Los largos y rectos caminos de la concesión facilitaban en ocasiones el avistamiento de los animales que perseguían los cazadores.*

El macho seguía con su lucha por mantenerse erguido de sus patas delanteras, mientras lanzaba sonoros bramidos. Avancé la posición y un poco más cerca le volví a disparar en la paleta. Este tiro dio con él definitivamente en el suelo, pero al quedar aún con vida y para evitar posibles sustos disparé de nuevo entre las dos manos, justo al corazón. Sus últimos alientos de vida se apagaban según nos acercábamos con cautela a él. Miré el reloj, eran las 14:15 y un sol abrasador caía con justicia sobre la descubierta pista forestal. Siete horas de acecho en el cuarto día de caza nos había costado conseguir nuestro principal objetivo.





**La densidad de animales en el área de caza dificultaba mucho la entrada y aproximación a la manada de búfalos**